

## LA HISTORIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA ESPAÑOLA ACTUAL: SÍNTESIS Y MICROANÁLISIS

POR  
CARLOS FORCADELL ÁLVAREZ  
Universidad de Zaragoza

No puede afirmarse que falten balances sobre la situación, los problemas o las perspectivas de la historia contemporánea en España; resultan, por el contrario, frecuentes, y tienen una periodicidad prácticamente anual en los últimos tiempos. En 1992 la revista "Historia Contemporánea" de la Universidad del País Vasco dedicaba un número monográfico a la "historiografía contemporánea reciente", y en el mismo año la Asociación de Historia Contemporánea reunía, en su primer retrato gremial, un congreso en Salamanca, con un programa generalista que planteaba los consabidos estados de la cuestión por épocas desde "La transición del Antiguo Régimen al Régimen Liberal" hasta la otra transición "Del Franquismo a la Democracia", así como las correspondientes reflexiones sectoriales sobre historia política, historia social, historia cultural...etc.

Aun no había pasado un año y el décimo Coloquio de Historia Contemporánea, con el que Tuñón de Lara ponía punto final a una larga empresa, se reunía en Cuenca para ocuparse de la "La Historiografía contemporánea en España" entre 1980 y 1992, y repasaba de nuevo la situación para los siglos XIX y XX de los estudios de demografía, de historia económica, de historia social, de historia cultural, de la historia regional, de los estudios sobre la Restauración, la II República o el franquismo, con la intención ahora no sólo de evaluar la historiografía contemporaneísta de estos doce años, sino también con el propósito de de comparar su despliegue reciente con el que que presentara en 1980 el clásico libro publicado por Siglo XXI sobre "Historiografía Contemporánea Española", producto de otro décimo Coloquio que puso fin en 1979 a la empresa que se había iniciado diez años antes en la Universidad de Pau. La comparación entre el libro de

1980 y las actas no publicadas de 1993 es muy ilustrativa de los cambios y de la expansión de la historia contemporánea española en una década clave para la misma, la de los años ochenta, y será un material necesario para los futuros historiadores de la historiografía española.

Y sólo hubo que esperar dos meses, porque en julio de 1993 Santiago de Compostela era el escenario de un ambicioso congreso sobre "La historia a Debate", cuyas actas, convenientemente seleccionadas, se publican ahora y se presentan aquí mismo a lo largo de estas sesiones, resultando algo peregrina la afirmación justificativa que se hace en el prólogo relativa a que han pasado "bastantes años sin celebrar este tipo de congresos para el debate, juntando diversas áreas de conocimiento histórico y diversas historiografías nacionales, centrados en la renovación historiográfica..." Sólo semanas hubo que esperar en esta ocasión para que la Universidad de Verano de Gandía dedicara buena parte de su actividad a analizar la situación de la historia cara al "Fi de segle" y las "incertidumbres ante un nuevo milenio", que es el título del libro publicado en 1994. Entremedio la revista "Ayer" ha colocado en el mercado cinco números monográficos que pretenden analizar lo más característico de la producción historiográfica en 1990, 1991, 1992, 1993 y 1994, sin que hayan faltado tampoco otras reuniones de carácter territorial o sectorial.

De modo que se podrá opinar sobre la calidad de las reflexiones que los profesionales de la historia, y notoriamente los contemporaneistas, desarrollan, sobre la carencia de los hábitos pertinentes para debatir a fondo las cuestiones, valorar de modo diferente la dimensión de ritual corportativo o la efectividad real de estas reuniones, o plantearse la explicación de las razones por las que en ellas los horizontes teóricos y metodológicos de otras historiografías nacionales europeas ocupen tanto o más espacio que el análisis sobre la práctica historiográfica en España; da que pensar que cuando los contemporaneistas españoles reúnen el primer congreso de su asociación, en una ponencia sobre "Nuevas orientaciones en historia cultural" no aparezca ni una sólo cita de apoyo de autor español, o que en otra sobre "La renovación de la historia política" se dediquen sólo seis de sus casi cuarenta citas a autores españoles; de lo que no se puede dudar es de que pocos profesionales se reúnen con tanta frecuencia para reflexionar, hacer balances de lo hecho, descripciones de lo que se está haciendo o proyectos sobre lo que hay que hacer.

Desde esta perspectiva casi se puede hablar de la existencia de un cierto exceso, y hasta obsesión, entre los profesionales del gremio de historia contemporánea por replantearse o redefinir continuamente su actividad investigadora y su función social, actitud que, en general y en el mejor de los casos sólo puede explicarse a partir de una conciencia de duda, desasosiego, desazón,

incertidumbre o insatisfacción sobre la capacidad de responder a las responsabilidades que conlleva la práctica historiográfica o a las demandas del público y del sistema educativo.

Cuando toca ahora hacer un nuevo balance de "las realidades y los compromisos" es inevitable por una parte reiterar mucho de lo dicho y escrito en estos últimos años, pues ni la historiografía contemporánea ni quienes la practican han cambiado mucho en los dos o tres últimos años, pero sí que se pueden eludir algunos peligros presentes en parte de esa cuantiosa y reciente reflexión historiográfica: no tiene sentido ser optimista por el hecho indudable de que la historia contemporánea que se hace hoy en España se encuentre en una situación mucho más saludable, en cantidad y en calidad, cuando se la compara con el panorama de hace quince años, y tampoco tiene sentido ser pesimista porque otras historiografías nacionales europeas hayan hecho las cosas antes, más y mejor; bastaría con describir la realidad y explicar razonada y suficientemente porqué es ésta y no otra y hacia dónde se dirige. Parece ingenuo insistir en la CRISIS actual de la historia, crisis que, o no existe, o es perpetua y permanente, y más ingenuo todavía sugerir individualmente que se está en el secreto de su solución. No es muy eficaz subrayar toda especie de novedades si no se las sitúa en la tradición de la que proceden, con lo que siempre acaban perdiendo algo de la pretendida novedad. Y tampoco resulta muy convincente la autocomplacencia sectorial de una determinada especialización, de una "parte" que sería siempre la más adecuada en la explicación del "todo" del proceso histórico en la opinión de quienes la practican, y menos aun cualquier tentación "imperialista" desde algún adjetivo añadido al sustantivo "historia".

Resulta común la percepción de una cierta conciencia de atraso historiográfico comparativo, así como del hecho de que el colectivo de profesionales de la historia en España ha manifestado una loable preocupación por reducir este atraso, para lo cual había que atender a varios frentes, avanzando simultáneamente en varias direcciones hacia huecos temáticos o metodológicos que no se habían cultivado en su momento e importando a la vez asuntos, métodos, enfoques, retornos y teorías de historiografías más avanzadas en las que había habido ocasión para investigar e interpretar temas centrales a la altura del tiempo de los años cincuenta, sesenta, setenta. El repaso de los numerosos encuentros recientes confirma esta opinión, e incluso se puede tender a pensar que esa inusitada frecuencia y propensión a reflexionar se debe a la persistencia de esta conciencia de atraso y de la necesidad de reducirlo.

Para ir superando esa imagen de meros receptores de vecinas historiografías conviene mirar algo más hacia adentro y hacia atrás de la historiografía

española, hacia nuestro presente y nuestro pasado, tanto por lo menos como se atiende al presente y al pasado de las historiografías más avanzadas, reconstruyendo en primer lugar una tradición liberal sepultada por el franquismo, al que hay que atribuir buena parte de la distancia de treinta o cuarenta años con el desarrollo de las ciencias sociales en general en la vecina Europa y en Norteamérica, procurando describir también la situación real de la historiografía española a través de los esfuerzos de renovación que se han desplegado en los años ochenta, desde una explicable dependencia de modelos construidos por historiografías más maduras.

De esto último voy a ocuparme aquí, recordando de paso ahora el origen de lo que podemos denominar "metáforas hidráulicas" aplicadas a estos debates, por cuanto Santos Juliá había calificado de "desierto" a la historiografía social española, Julián Casanova, más generoso, había escrito sobre "el secano español", yo mismo titulé un artículo "Sobre desiertos y secanos" (1992), y con posterioridad un historiador valenciano (A. Girona) ha caracterizado a la historiografía valenciana como un oasis en el desierto ("Del desierto al oasis") y hasta el propio J. Casanova ha vuelto a insistir en esta imagen hidráulica opinando a finales de 1993 que el secano español es cada vez menos secano: "hay terreno -y mucho- pero falta riego y una buena distribución del producto".

Estas vacilaciones y matices se deben a la dificultad de combinar la evidencia del fuerte desarrollo y renovación de la historiografía contemporaneista española, con la impresión cierta de su atraso relativo, de su insuficiencia o de sus inercias; son dos caras de la misma realidad, más allá de la cual siempre existirá aquella afirmación del P. Feijóo: "en España hay de todo, historiadores buenos y malos, como en Francia" que recordaba recientemente García Cárcel.

La situación de la historiografía contemporánea española hoy, y su inmediato futuro, proceden de los sustanciales y positivos cambios producidos desde comienzos de los ochenta, así como del ingente trabajo desplegado y acumulado en los últimos quince años. Una aproximación a la misma desde sus marcos institucionales y desde sus lugares y redes de producción permite tanto alguna caracterización general como enunciar algunos problemas visibles y previsibles. En los años ochenta nacen los principales troncos de la historiografía española en general, si bien con una fuerte, incluso mayoritaria, presencia contemporaneista: La revista de "Historia Económica" en 1983, desde una asociación de Historia Económica que ya existía con anterioridad, la revista "Historia Social" en 1988, a la que sigue la correspondiente Asociación de Historia Social en 1989, y a fines de los ochenta se constituía

una Asociación de Historia Contemporánea que publica desde 1991 la revista "Ayer". Estas revistas centrales, junto con otras publicaciones territoriales aunque con proyección nacional, entre las que cabría destacar "Recerques" en Cataluña, "Historia Contemporánea" en el País Vasco, la primera etapa de "Debats" en Valencia, "Studia Histórica" en Salamanca..., son los troncos principales por los que discurre la producción historiográfica española en general, una investigación que ya no depende tanto de instituciones oficiales, academias, CSIC..., cuanto de la voluntaria asociación de sus miembros y de un mercado en el que muchos de estos títulos no se defienden mal, todo lo cual es claramente positivo hoy y cara al inmediato futuro.

Tampoco sobra recordar que la investigación se desarrolla exclusivamente en las universidades y que el crecimiento de la mismas durante los años ochenta también se debió a un incremento de financiación y de dotación de plazas que los años noventa parecen estar frenando, pues todos tenemos la experiencia compartida de que hoy son menos los licenciados que acceden a becas de formación y de que la creación de nuevas plazas de profesor en la Universidad empieza a ser una especie de milagro administrativo, lo cual, de mantenerse así, va a tener consecuencias a corto y medio plazo difíciles de evaluar ahora, pero claramente negativas.

Un seguimiento de estos lugares centrales de nuestra producción histórica permite constatar el auge de la historia económica, cuyos investigadores fueron los primeros en desmontar viejos paradigmas de una historia nacional llena de fracasos, excepcionalidades, culpas y desastres, el surgimiento de una nueva historia social y sus esfuerzos de actualización teórica y metodológica para viejos y nuevos temas, algunos intentos de renovación de la historia política, el nacimiento de las primeras investigaciones fundamentadas sobre historia de la historiografía española, la explosión de los estudios de historia local y de marcos reducidos, una cierta primacía del contemporaneísmo y, dentro del mismo, un interés creciente por el siglo XX.

Si la década de los ochenta contempló el crecimiento y desarrollo de los principales árboles de la historia y de unos principios de especialización en la organización de la investigación y del conocimiento históricos, a estos troncos de la historiografía española les comienzan a salir ramas en los años noventa, y las revistas que ahora nacen, o las asociaciones profesionales que en algunos casos están detrás de ellas, son más sectoriales y especializadas: "Noticiero de Historia Agraria" (1991), "Historia y fuente oral" (1989), "Historia Industrial" (1992), "Historia Urbana" (1992), "Taller de Historia" (1993), especializada en teoría y práctica de la historia local, "Arenal" (1994), revista de historia de la mujer...El árbol de la historiografía

española puede no ser tan frondoso como en otras partes, pero ya ha tomado y ha comenzado a crecer.

Esta realidad alberga uno de los problemas centrales de la historiografía contemporaneista española pues su crecimiento y diversificación, la especialización estratégica de la investigación, ya están produciendo las condiciones para dificultar la síntesis, las explicaciones e interpretaciones generales del proceso histórico y de sus ejes centrales, provisionales y revisables si se quiere, temáticas o de medio alcance, pero generales, síntesis que son exigibles desde la propia dinámica de la profesión, y que además es demandada por la sociedad, por el público y por el sistema educativo.

Mientras la investigación avanza, más ordenada o desordenadamente, y con ella aumenta notablemente el material empírico acarreado por los historiadores, las viejas síntesis se van quedando obsoletas y no son sustituidas por otras nuevas. Es decir, que ya empezamos a estar en situación de plantearnos un tipo de problemas que historiografías más desarrolladas, que han desplegado con anterioridad su proceso de especialización, han abordado ya hace tiempo; ahora nosotros comenzamos a disponer de materiales propios y quizá ya no tenemos que recurrir a importar debates y polémicas antes de tiempo. Hace veinte años, las múltiples maneras de "hacer la historia" que proponían Le Goff y Nora aturdíen algo a los historiadores españoles, cuyo pasado cercano, teórica e insitucionalmente, les había privado de semejante arborescencia historiográfica; todavía en los ochenta el peligro del "desmigajamiento" de la historia (Dosse) reflejaba una polémica más ajena que propia.

El crecimiento es signo de vitalidad, pero la sensación de la fragmentación y la compartimentación progresivas de esta expansión del universo de la historia conlleva el precio de hacer más compleja una síntesis que antes, al operar con un número mucho más reducido de variables, resultaba más accesible. El problema, en términos institucionales y organizativos, consiste en combinar el crecimiento y la subdivisión de una comunidad, la de los historiadores contemporaneistas, con la pervivencia de la propia comunidad. Se corre el riesgo de que bajo la cobertura de la necesaria especialización se produzca una nueva compartimentación, mientras se sigue predicando la apertura a otras ciencias sociales y otros ámbitos del conocimiento, con lo que la no menos predicada interdisciplinariedad ha de comenzar por la casa propia, si se comienza a tener conciencia de que se van construyendo provincias historiográficas a modo de un archipiélago sin puentes. Nada nuevo, en definitiva, en otras historiografías, pero algo más nuevo en el caso de la española.

El repertorio de enfoques, hipótesis y puntos de partida es casi ilimitado, como los territorios históricos a labrar, desde la vida privada a la vida cotidiana,

la socialbilidad o algunas formas de historia social desde abajo, perspectivas cuyos centros de atención suelen coincidir bastante por otra parte, hasta la historia cultural, de las mentalidades, de las relaciones de género, la historia ecológica y tantos etcéteras a los que hay que añadir los retornos de la historia política, del acontecimiento, del relato y la narración, de la biografía, del sujeto, o los múltiples nuevos objetos que se configuran como desconectados entre sí, balcanizados de alguna manera y en alguna proporción. Giovanni Levi avisaba recientemente de que la ilimitada multiplicación de puntos de vista y la renuncia a la generalización estaba provocando un "disarmo relativístico". Otros subrayan la contradicción de que siendo el conocimiento histórico cada vez más técnico y especializado la cultura histórica pública se esté debilitando.

La situación española en este sentido no es tan alarmante como la que parodia Fontana en "La historia después del fin de la historia", recordando como la historia de la familia se ha dividido en el mundo anglosajón en subcampos que atienden a la historia de la sexualidad y del matrimonio, de la infancia, del parto y del amamantamiento, sin olvidar los libros sobre la locura, la muerte, la pobreza, la marginación, las cárceles, las galeras, el pecado, el vestido o la comida, y posiblemente el ritmo de crecimiento de los historiadores españoles no sea lo suficientemente vivo como para caer en demasiados excesos y peligros de este tipo.

Pero el problema de la fragmentación del objeto histórico y de la ausencia de visiones globales de la sociedad y del cambio social y político, la tensión entre la compartimentación y la síntesis, ya empieza a asomar entre los historiadores contemporáneos españoles, sin que falten posiciones defensivas teóricamente de que la expansión de la historia, como la del universo, no implica la renuncia a entender ni el universo, ni la historia, y que la multiplicación de variables y la complejidad creciente son comunes a otros territorios de la ciencia actual, sin que deban desembocar obligadamente en un escéptico apartamiento de la comprensión global de los problemas.

La diferencia consiste en que las historiografías nacionales más diversificadas, especializadas y compartimentadas atienden suficientemente al otro polo compensatorio de esta tensión, porque producen también numerosas visiones generales de todo tipo, comprobación fácil de hacer a partir de la consulta de cualquier catálogo británico, francés, alemán o italiano de libros recientes de historia contemporánea, mediante la que frecuentaremos voluminosas historias sociales de Alemania (Wehler, 1987), o de Gran Bretaña (M.L. Thompson, 1993), síntesis nacionales de diverso tipo sobre clases y relaciones sociales en épocas determinadas y significativas, la evolución de

modelos culturales y comportamientos sociales en Italia desde la unificación hasta hoy (De Giorgio, 1992), o síntesis temáticas a largo plazo sobre el sufragio universal en Francia, la extrema derecha francesa, el Partido Laborista británico...etc...etc. Mientras tanto, en la práctica historiográfica española actual, aunque parece despegar, modestamente y a distancia, el polo de la fragmentación y de la especialización, a la vez escasean o parecen rehuirse, de momento, las síntesis organizadoras de materiales dispersos, con propuestas de explicación y de interpretación globales.

Pero en el caso español no es sólo ni principalmente la muy recientemente desarrollada diversidad de temas, de enfoques, de técnicas, la que entorpece una reconstrucción inteligible del proceso histórico. La ingente historiografía de carácter local o regional, la casi ilimitada fragmentación de los marcos y determinaciones espaciales, es otra característica de la historia contemporánea hoy a la que hay que prestar -y de hecho se le está prestando bastante- atención y reflexión. Es evidente que ha sido por la historia local y por la multiplicación y reducción de la escala espacial por donde más ha crecido cuantitativamente la historiografía contemporaneista española siguiendo un camino que no ha hecho sino consolidarse en los últimos años y que sigue siendo masivamente transitado hoy mismo. Ya se ha comenzado a advertir que las generalizaciones sobre procesos comunes a la sociedad o la historia nacional son una alternativa claramente secundaria en el contemporaneismo español y que la extraversión hacia ámbitos exteriores es simplemente inexistente.

Los datos son contundentes; un medio tan escasamente sospechoso de pensiones localistas como es la revista "Ayer", cuando se plantea seleccionar anualmente la producción historiográfica contemporaneista más significativa, ni siquiera sólo española, encuentra que las publicaciones más destacadas, en 1990, a título de ejemplo, se ocupan de la protoindustrialización en Galicia, el campesinado en Gerona, el mayorazgo en Murcia, los mineros y los obreros soñados en Asturias, los trabajadores del campo en Jaén, la conflictividad social en Córdoba, los anarquistas en Andalucía, el integrismo en Cataluña, los cuneros y los caciques en Alicante, el cambio social en Guipuzcoa...Un número reciente de "Historia Económica" (1995,2), revista no menos inmune a condicionamientos locales o territoriales, selecciona para ser recensionados libros sobre la burguesía mercantil en Santander, vivir y morir en las minas de Vizcaya, el Sexenio Democrático en Linares, la burguesía comercial en Valencia y la remolacha y el azúcar en el Duero. Si seguimos con este juego observamos que las últimas entregas (nº 9, nº 10) del "Noticiero de Historia Agraria" ofrecen artículos sobre tecnología agrícola en Valencia, ganadería en Cantabria, tierras concejiles en la

Baja Extremadura, montes públicos y poder local en Galicia, y reseñas de libros sobre el aguardiente en Cataluña, el servicio doméstico en Madrid, los montes públicos en la Rioja..., informando también sobre tesis y tesinas recientemente leídas que se ocupan de diversos aspectos en Almendralejo, Daroca, Cuenca, Galicia, Cádiz, Andalucía, Lérida, Badajoz, La Coruña, Segovia y las Marismas del Guadalquivir. Un buen viaje por la geografía española que completaríamos del todo si sabemos que una información exhaustiva de la misma revista sobre lo publicado en 1993 recoge 475 entradas de libros y artículos, de los que sólo 75 tratan aspectos generales, mientras que 89 atienden a Galicia, Asturias, Cantabria, País Vasco y Navarra, 75 a Madrid, Aragón, La Rioja y las dos Castillas, 112 a Extremadura, Andalucía y Canarias y 120 a Valencia, Baleares y Cataluña.

En estos lugares principales de producción historiográfica española no falta en absoluto la preocupación por aspectos generales, la verificación de hipótesis, la atención a la teoría, el análisis comparativo, la planificación de temas y de la investigación, una rigurosa selección de originales, como tampoco faltan en la revista "Historia Social" que mantiene un buen equilibrio entre la recuperación y transmisión a la comunidad historiográfica española de los principales debates europeos y la atención a los desarrollos más recientes de la historia social en España, a lo que tiene que añadir necesariamente la publicación de artículos sobre microhistorias de comunidades asturianas, lobbies vizcainos, gañanías gaditanas, mujeres trabajadoras en Sevilla, ugetistas y patronales en Valencia, campesinos de Jerez, huelgas de Madrid o represión en Galicia.

El territorio de la historia local o regional es mucho más amplio del que proporciona esta rápida impresión construida sobre los mejores exponentes de la misma, y para explorarlo más ampliamente habría que acudir a Consejerías regionales de Cultura, ayuntamientos, centros de estudios locales...; para seleccionar lo más útil y eficaz de la abrumadora historiografía sobre marcos reducidos hay que utilizar un gran cedazo con el que cribar la historiografía local erudita, la mera publicación de fuentes locales, la ilustración en un plano menor de fenómenos suficientemente conocidos, los entusiasmos conmemorativos y las tan ingenuas como interesadas desviaciones nacionalistas o regionalistas. El cedazo ha de discriminar, en definitiva, el viejo peligro del positivismo como mero acopio de datos, y el no menos viejo peligro del historicismo, volcado en recuperar esencias ancestrales de comunidades imaginarias y acentuando toda clase de hechos diferenciales pasados para legitimar los presentes con el efecto de imposibilitar cualquier generalización. Son éstos precisamente los peligros contra los que se ha desplegado la historiografía desde hace más de un siglo.

En el contemporaneismo español actual, después de la criba, todavía queda mucho, porque muchos temas exigen por definición la reducción de la escala y porque son frecuentes en la historiografía española los planteamientos que subrayan la eficacia heurística y metodológica de la historia local por su dimensión de validar, contrastar o corregir con un caso particular una teoría general, o por el presupuesto de que el análisis de marcos reducidos ha de revelar factores difícilmente observados por las interpretaciones generales; es este segundo aspecto lo que nos aproxima a las propuestas de la microhistoria italiana según las cuales la escala espacial (el pueblo, la comarca) no es el objeto de estudio sino un asunto secundario, tangencial e instrumental, pues "gli storici non studiano i villaggi, studiano nei villaggi", como escribe G.Levi parafraseando una afirmación de Geertz en la que el sustantivo son los antropólogos. En tesis recientes, artículos, algunos libros, los contemporaneistas comienzan a transitar esta vía, desde raíces y tradiciones propias que no se remiten necesariamente al producto italiano de la microhistoria, aunque todavía no se ha conseguido elaborar alguna de estas investigaciones con el envoltorio adecuado para configurar una obra de referencia suficientemente simbólica y representativa.

Pero en cualquier caso, e incluso en el mejor de los casos, el propósito de la microhistoria es añadir elementos a las interpretaciones generales, o corregirlas, y el caso español se caracterizaría por carecer de estos marcos explicativos globales o por atender muy escasamente a los mismos. Hay una clara descompensación entre microanálisis histórico y análisis macrohistóricos, a favor de los primeros, y no sabríamos bien qué poner en el cedazo si en lugar de la voluminosa historia local pretendiéramos filtrar interpretaciones generales sobre la estructura de la sociedad, el cambio social, la configuración de clases, la organización de intereses colectivos, el estado y la política o casi cualquier tema situado en el medio o en el largo plazo.

Eso nos lleva, cambiando la preposición en el título de esta intervención, a plantearnos la cuestión de la Historia, no "en" España, sino "de" España, pues una consecuencia de todo lo expuesto hasta aquí es la clamorosa carencia de análisis y de interpretaciones nacionales de unos procesos -formación de clases, construcción de referentes políticos, ideológicos y culturales comunes, industrialización, urbanización, cambio social y político- que han necesitado por definición del marco nacional y han dependido de él para su concreto desarrollo histórico. La respuesta a una historia política vista desde arriba y con carácter centralista, legitimadora del nacionalismo español en cualquiera de sus versiones, ya hace mucho tiempo que se produjo, y mantener hoy esas posiciones reactivas contra un nacionalismo historiográfico cada

vez más lejano lo único que revela es inercia, conservadurismo y falta de capacidad o de atrevimiento para proponer síntesis generales o sectoriales que compongan el cañamazo, quizás ya más temático que cronológico, liberado en todo caso de unas categorías explicativas exclusivamente políticas, de una nueva historia nacional española que organice y sistematice todos los conocimientos que la pluralidad de perspectivas y de escalas espaciales han levantado en los últimos años. Ya sabemos suficientemente que el marco nacional no es el único legítimo para la investigación histórica, pero no puede faltar en el horizonte del contemporaneismo, y para determinados temas acaba siendo necesariamente el más legítimo.

Pues no deja de ser sintomático que en historiografías más desarrolladas que la española los debates sobre el pasado nacional reciente sean más frecuentes, más ricos, más agrios en ocasiones, e interesen más al público y a la sociedad: en Alemania periódicamente las polémicas de los historiadores saltan de los medios académicos a las páginas de los periódicos y a los medios de comunicación, y, en otro orden de cosas, los enfrentamientos entre los practicantes de la *Alltagsgeschichte* y los representantes de la, ya no tan nueva, historia social alemana, que han elaborado análisis generales a partir de una matriz teórica que combina las tradiciones marxista y weberiana, pueden llegar a ser violentos. En Francia los debates también han acabado implicando a la sociedad francesa, a partir de redescubrimiento histórico del silencioso y masivo colaboracionismo con los alemanes durante la ocupación, y también de los silencios acumulados sobre la guerra de Argelia; el fascismo italiano sigue siendo el centro polémico de buena parte de la historiografía italiana. En España, a pesar de tantos motivos, la asunción del conflictivo pasado reciente parece estar congelada y, salvo tímidamente y en ocasiones aniversarias, tanto los medios académicos como los medios de comunicación se inhiben, en llamativo contraste con la atención y el interés que en otros países se presta a la discusión del pasado reciente, tanto desde la perspectiva profesional del historiador como desde las necesidades de la cultura pública de los ciudadanos.

De modo que la historiografía contemporaneista española está iniciando ese proceso de diversificación y especialización temática y metodológica con los consiguientes peligros de fragmentación y compartimentación del objeto histórico que ya han sido experimentados y advertidos desde otras historiografías vecinas, ha madurado notablemente en algunos sectores si se compara con su situación de hace quince o veinte años y no tanto si la comparación se establece con historiografías más desarrolladas, y se muestra particularmente saludable en el territorio del análisis histórico local y regional.

Podemos comenzar a percibir que las diferencias más notables con la historiografía británica, alemana, francesa e italiana provienen ahora de la carencia de síntesis generales, de mayor o menor alcance, de esa crecida producción histórica, de sistemas estructurantes de los conocimientos que las parcelas metodológicas, de enfoque, o espaciales, van suministrando. Esta es una vía que posiblemente tenderá el inmediato futuro, y que deberá desarrollarse si se quiere la historiografía española se homologue comunitariamente entrando en las estrategias comparativas de grandes procesos que también practican las historiografías europeas, a pesar de que éstas se caracterizan por una mayor pluralidad de enfoques y por unas no menos nutridas tradiciones y prácticas de historia local.

En un plano más general, que rebasa el terreno del contemporaneismo y de la historiografía española, los problemas de elaboración de un discurso histórico integrador proceden también del hundimiento de los sistemas teóricos o paradigmas dominantes en la segunda mitad del siglo XX, sean el estructuralismo, el marxismo, el annalismo o el funcionalismo, los cuales tampoco eran códigos interpretativos tan cerrados como algunos, particularmente los conversos, nos explican hoy. Esto es ya otro tema, pero la consecuencia interesada de abandonar no sólo alguna forma de gran teoría, sino cualquier marco teórico organizador del conocimiento, es la trivialización, no menos interesada, del análisis histórico. Ya sabemos, ya sabíamos, que el proceso histórico no está sujeto a pautas preestablecidas por una filosofía emancipatoria de raíz ilustrada, que la historia no está tejida por un hilo, y menos rojo, como afirmaba Bloch en su filosofía de la esperanza (Vattimo, J. Muñoz), pero ese convencimiento no debe ser una excusa suficiente para olvidar a los agentes sociales que han sido portadores, contra otros agentes sociales, de valores ideológicos, políticos y éticos que rellenan el cuarto de la esperanza de nuestro presente desde consensos mayoritarios, al menos en apariencia, desde los derechos humanos hasta el sufragio universal y la igualdad de derechos, pasando por la mejor redistribución de la riqueza, la protección social, la liberación de la mujer o el antirracismo. Pues frente al fin de la historia de Fukuyama siempre será mejor encarar desde nuestro trabajo una historia sin fin que padecer el fin de la historia, y frente al relativismo axiológico de la posmodernidad seguirá siendo conveniente, utilizando los propios términos de este ciclo, construir "compromisos" cara a unas "realidades" no deconstruidas.